

# SINDICALISMO VERDE

Jeff Shantz



La mayoría de los enfoques sobre las alianzas rojas y verdes (laboristas y ambientalistas) han adoptado perspectivas marxistas, excluyendo el anarquismo y el socialismo libertario. Sin embargo, acontecimientos recientes han dado voz a una “ecología sindical” o lo que algunos dentro del Industrial Workers of the World (IWW) llaman “sindicalismo verde”.

El sindicalismo verde destaca ciertos puntos de similitud entre el anarcosindicalismo (sindicalismo revolucionario) y la ecología radical. Estos incluyen, entre otros, la descentralización, el regionalismo, la acción directa, la autonomía, el pluralismo y la federación. El artículo analiza las implicaciones teóricas y prácticas del sindicalismo hecho verde.

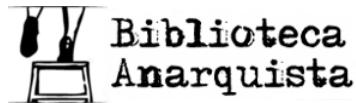
Jeff Shantz

## **SINDICALISMO VERDE**

Una visión alternativa

Recuperado el 13 de junio de 2017 de:

<https://ecology.iww.org/texts/JeffShantz/Green%20Syndicalism%20%E2%80%93%20An%20Alternative%20Red-Green%20Vision>



Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[https://solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](https://solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## **SINDICALISMO VERDE**

Recientemente, en Europa y América del Norte se han informado interesantes convergencias de movimientos sindicales radicales con la ecología. Estos acontecimientos han dado voz a una 'ecología sindical' radical, o lo que algunos dentro de Industrial Workers of the World (IWW) llaman "sindicalismo verde" [Kauffman y Ditz. 1992]. La emergente ecologización de los discursos sindicalistas es quizás más significativa en las cuestiones teóricas planteadas en relación con el anarcosindicalismo y la ecología; de hecho, preguntas sobre las posibilidades de una convergencia radical de los movimientos sociales. Si bien la mayoría de los intentos de formar alianzas laborales y ambientalistas han seguido enfoques marxistas, Adkin [1992a: 148] sugiere que se podrían esperar soluciones más convincentes de los anarquistas y socialistas libertarios. Otros más [Pepper, 1993; Heider, 1994; Compra, 1994: 1997a; Shantz y Adam, 1999] sugieren que los verdes deberían prestar más atención a las ideas anarcosindicalistas.

A principios de la década de 1990, Roussopoulos [1991] observó el surgimiento de un discurso sindicalista verde en Francia dentro de la Confédération Nationale du Travail (CNT). En España también se observaron expresiones de sindicalismo verde [Marshall, 1993]. Allí, la Confederación General de Trabajadores (CGT) adoptó la ecología social como parte de su lucha por "un futuro en el que ni la persona ni el planeta sean explotados" [Marshall, 1993: 468].

Entre el 31 de marzo y el 1 de abril de 2001, la CGT patrocinó una reunión internacional de más de una docena de organizaciones sindicalistas y libertarias, entre ellas la CNT y la Central de Trabajadores Sueca (SAC). Entre los diversos resultados de la reunión estuvieron la formación de una red de Solidaridad Internacional Libertaria (LIS), compromisos de apoyo financiero y político para desarrollar una cooperativa de reciclaje y la adopción de un manifiesto libertario, "¿Qué tipo de anarquismo para el siglo XXI?". en el que la ecología ocupa un lugar muy crucial [Hargis, 2001].

Entre los intentos recientes más interesantes de articular la solidaridad entre los movimientos ecologistas y obreros se encuentran aquellos que involucran a Earth First! la activista Judi Bari y sus esfuerzos por construir alianzas con los trabajadores para salvar los bosques antiguos en el norte de California. Bari buscó aprender de la organización y las prácticas de la IWW para ver si se podía construir un movimiento ecologista radical siguiendo líneas anarcosindicalistas. Al hacerlo, intentó aportar una

perspectiva radical de la clase trabajadora a las prácticas de agitación de Earth First! como una forma de superar los conflictos entre ambientalistas y trabajadores madereros que les impedían luchar contra las empresas madereras corporativas que estaban acabando con los bosques y los empleos. La organización que ella ayudó a formar, IWW/Earth First Local 1, eventualmente construyó una medida de solidaridad entre ambientalistas radicales y madereros que resultó en la protección del antiguo bosque de Headwaters que había sido programado para tala rasa [Shantz, 1999].

En 1991, los Wobblies (IWW), tras una votación en todo el sindicato, cambiaron el preámbulo de la constitución del IWW por primera vez desde 1908. El preámbulo ahora dice lo siguiente:

Estas siete palabras presentan un cambio significativo en la estrategia con respecto al sindicalismo industrial y las consideraciones sobre lo que debe entenderse por trabajo. Al mismo tiempo, su arraigo dentro de la narrativa original de la lucha de clases de la constitución establece una conexión mítica con la historia de la IWW y las prácticas del sindicalismo revolucionario.

La ecologización de la IWW se expresó más explícitamente a través de una declaración emitida por la Asamblea General en el momento del cambio de preámbulo. Vale la pena citarlo extensamente.

Además de la explotación de la mano de obra, la sociedad industrial crea riqueza explotando la tierra y las especies no humanas. Así como los capitalistas valoran a la clase trabajadora sólo por su trabajo, también valoran la tierra y las especies no humanas sólo por su utilidad económica para los humanos. Esto ha creado tal desequilibrio que los sistemas de soporte vital de la Tierra están al borde del colapso. La clase trabajadora lleva la peor parte de esta degradación al verse obligada a producir, consumir y vivir en el ambiente tóxico creado por este abuso. La sociedad humana debe reconocer que todos los seres tienen derecho a existir por sí mismos y que los humanos deben aprender a vivir en equilibrio con el resto de la naturaleza.

A primera vista podría parecer curioso buscar una teoría ecológica o antiindustrial dentro del anarcosindicalismo. Se supone que el sindicalismo es sólo otra versión del economicismo estrecho, todavía limitado por supuestos obreristas. Ciertamente, ésta es la crítica planteada sistemáticamente por el gurú de la ecología social Murray Bookchin [1980, 1987, 1993, 1997].

El trabajo de Bookchin ha servido como punto focal importante para muchas discusiones, al menos en los círculos ambientalistas anarquistas y de izquierda libertaria. Incluso los ecologistas marxistas, en revistas como Capitalism, Nature, Socialism, han dedicado mucho tiempo a las discusiones sobre los escritos de Bookchin.

Dejando a un lado su reciente redescubrimiento del anarquismo social [1995], el ecologista social Bookchin ha mostrado una hostilidad de larga data hacia las posibilidades de contribuciones positivas de la clase trabajadora a las luchas de los movimientos sociales.

La crítica de Bookchin plantea acertadamente una confrontación directa con las visiones productivistas de las luchas ecológicas o socialistas que, todavía cautivadas por las ilusiones de progreso, aceptan el industrialismo y la técnica capitalista al tiempo que rechazan los usos capitalistas a los que se aplican [Rudig, 1985; Blackie, 1990; Pepper, 1993]. Estos discursos productivistas no extienden formas cualitativamente diferentes, sino que simplemente defienden el control proletario de las formas existentes.

La crítica de Bookchin al lugar de trabajo, al afirmar la inseparabilidad de la industria de su desarrollo y articulación a través de la tecnología, ofrece un comienzo tentativo para una discusión posmarxista sobre las relaciones productivas y los obstáculos o posibilidades que podrían plantear para la ecología.

Sin embargo, la teorización social de Bookchin encuentra graves límites en las conclusiones que extrae en su intento de derivar una teoría del (no)activismo de los trabajadores a partir de su crítica de las relaciones de producción. Bookchin [1987: 187] da un gran y peligroso salto desde un antiproductivismo crítico a un argumento, formulado dentro

de una andanada más amplia contra los trabajadores, de que las luchas que se libran en torno a la fábrica dan "prioridad social y psicológica al trabajador precisamente allí donde él se encuentra", o está más ligado al capitalismo y más degradado como ser humano: en el lugar de trabajo".

En su opinión, los trabajadores se vuelven radicales a pesar del hecho de que trabajan y no a través de sus experiencias laborales. Concluye que los esfuerzos de los socialistas o anarcosindicalistas que podrían organizarse y agitarse dentro del ámbito del lugar de trabajo normalmente sólo fortalecen a esos mismos trabajadores; aspectos de las identidades de los trabajadores que deben superarse en la transformación radical de las relaciones sociales. Y, además, esto es correcto en la medida en que los discursos en el lugar de trabajo se limitan a demandas puramente corporativistas de naturaleza cuantitativa [Gramsci, 1971; Teló, 1982]. Sin embargo, dentro del esquema de Bookchin se repite el error marxista, sólo que esta vez a la inversa.

Para Bookchin, las relaciones de los trabajadores con el capital, en lugar de ser objetivamente antagónicas como en la versión marxista, se describen como necesariamente conciliatorias. En cada caso, las posiciones de los trabajadores se presentan como unilaterales, derivadas de un ámbito supuestamente externo y objetivo, en abstracción de la diversidad de sus expresiones a menudo contradictorias y fuera de cualquier articulación transformadora. Bookchin, al igual que los marxistas,

sustituye por una abstracción "el proletariado" la compleja red de posiciones subjetivas –incluida la de ecologista, feminista y trabajadora– constitutivas de subjetividades específicas.

Bookchin tiene razón al afirmar que las categorías "trabajador" y "empleos" tal como están constituidas actualmente son incompatibles con la supervivencia ecológica. Asimismo, la producción industrial ya se ha vuelto ecológicamente obsoleta. Pero ¿cómo puede superarse el autoritario "reino de la necesidad económica" [Bookchin, 1980] excepto mediante la acción política directa en el lugar mismo de la falta de libertad? No hay desacuerdo con Bookchin en cuanto a la importancia de superar el sistema fabril; surge una diferencia sobre la posición del activismo autodirigido de los trabajadores en cualquier articulación democrática hacia tal superación. No se puede esperar, excepto cuando se constituya una articulación autoritaria, que el industrialismo sea reemplazado por relaciones ecológicas no jerárquicas sin que los trabajadores enfrenten el sistema fabril en el que están atrapados.

Es difícil seguir la lógica del salto de Bookchin desde una crítica del industrialismo como "relaciones sociales" a su rechazo explícito de cualquier organización de la clase trabajadora. Bookchin insiste en una política de base, que incluya cualquiera de los nuevos movimientos sociales, pero no tiene claro cómo un movimiento puede ser de base y

comunitario y al mismo tiempo excluir una articulación con personas en sus posiciones de sujeto como trabajadores.

Lo que realmente recomienda suena más bien al elitismo radical que tan a menudo se atribuye a la ecología [Adkin, 1992a; 1992b]. El rígido dualismo de Bookchin entre comunidad y lugar de trabajo interfiere aún más con su crítica del sindicalismo. La idea, que Bookchin atribuye al sindicalismo, de que la vida social podría organizarse desde la fábrica no es más que una caricatura simplista. “Esta advertencia es, por supuesto, pertinente para todas las instituciones que componen la sociedad civil. Sería imposible nutrir y sostener los impulsos democráticos si las escuelas, las familias, las iglesias y similares promovieran un ethos antitético” [Guarasci y Peck, 1987: 71]. Si bien critica con razón a aquellos, como Dave Foreman cofundador de Earth First!, que permite una dualidad naturaleza/cultura, él mismo cae en una trampa similar en su vulgar separación entre lugar de trabajo y comunidad.

Finalmente, los prejuicios de Bookchin son especialmente curiosos a la luz de su propia conclusión ecológica respecto de la resolución de los problemas ecológicos: '[I]as bases de intereses en conflicto en la sociedad deben ser confrontadas y resueltas de manera revolucionaria. La tierra ya no puede ser poseída; debe ser compartida" [1987: 172]. Esto proporciona un comienzo crucial para una convergencia radical de las relaciones sociales ecológicas articuladas más allá de una construcción de 'empleos versus medio

ambiente'. A su vez, hay que reconocer, incluso si el propio Bookchin no lo hace, que las cuestiones de propiedad y control de la tierra no son más que cuestiones de clase.

Por su parte, RJ Holton [1980] rechaza explícitamente la caracterización del sindicalismo como economicista. Sugiere que tales perspectivas son el resultado de una grave mala interpretación de las luchas sindicalistas históricas. En los trabajos de Melvyn Dubofsky [1969], Jeremy Brecher [1972], David Montgomery [1974] y Kenneth Tucker [1991] se encuentran pruebas sustanciales contra las posiciones adoptadas por ecologistas radicales como Bookchin, Dave Foreman [1991] y Paul Watson [1994]. Guarasci y Peck (1987) destacan la importancia de esta historiografía de la lucha de clases como correctivo a la teorización que objetiva el trabajo. Tucker [1991] sostiene que gran parte de la distancia teórica que separa a los nuevos movimientos de los trabajadores podría atribuirse a una negativa a explorar estrategias sindicalistas.

Las campañas anarcosindicalistas históricas han proporcionado evidencia significativa de que las luchas de clases implican más que batallas por preocupaciones corporativistas llevadas a cabo al nivel de la fábrica [Kornblugh, 1964; Brecher, 1972; Thompson y Murfin, 1976; DeCaux, 1978; Tucker, 1991]. En un artículo anterior, Hobsbawm [1979] identifica que los movimientos sindicalistas muestran actitudes de hostilidad hacia el control burocrático del trabajo, preocupaciones sobre la

especificidad local y técnicas de militancia espontánea y acción directa. Expresiones similares de radicalismo también han caracterizado las prácticas de la ecología. Las luchas de clases, en diferentes instancias y en variados terrenos, se han articulado para involucrar las manifestaciones más amplias de dominación y control constituidas junto con el cercamiento y la propiedad privada despiadada de vastos ecosistemas y las potencialidades de libertad contenidas en ellos [Adkin, 1992a: 140-41].

Desde un punto de vista teórico, el trabajo de Tucker [1991] es instructivo. Su trabajo proporciona una discusión detallada de la posible afinidad entre el sindicalismo revolucionario francés y la democracia radical contemporánea. Tucker sugiere que dentro del sindicalismo francés se pueden discernir temas "nuevos" como: la formación de consenso; participación de iguales; diálogo; descentralización; y autonomía.

Las teorías sindicalistas francesas sobre el poder capitalista ponen énfasis en una visión del mundo revolucionaria alternativa que surge de las experiencias de la clase trabajadora y ofrece un desafío a la moral burguesa [Holton. 1980]. Fernand Pelloutier, un importante teórico sindicalista cuyas obras influyeron en Sorel, sostiene que las ideas, más que los procesos económicos, son la fuerza motriz que logra la transformación revolucionaria. Pelloutier intentó enérgicamente llegar a un acuerdo con "el problema de la

dominación ideológica y cultural como base del poder capitalista" [Holton. 1980: 19].

La reconstitución de las relaciones sociales, en opinión de Pelloutier, se vuelve posible cuando los trabajadores comienzan a desarrollar identidades revolucionarias, a través de la autopreparación y la autoeducación, como medio para combatir la cultura capitalista [Spitzer, 1963]. Por lo tanto, los sindicalistas han considerado característicamente el malestar laboral como una agencia de regeneración social mediante la cual los trabajadores profanan el entorno ideológico de la dominación de clase, por ejemplo, la deferencia a la autoridad, la aceptación de la superioridad capitalista y la dependencia de las élites. Según Jennings [1991: 82], el sindicalismo "concebía la transmisión del poder no en términos de sustitución de una élite intelectual por otra, sino como un proceso de desplazamiento que extendía el poder hacia las propias organizaciones de trabajadores". Este desplazamiento de poder se originaría en la industria, como una problemática igualitaria, cuando los trabajadores llegaron a cuestionar el estatus de sus patrones. "Esto no pretendía ser una forma de 'economicismo' de izquierda sino más bien un medio para desarrollar la confianza y la agresión de una clase trabajadora amenazada por el espectro de una disciplina laboral 'sobria, eficiente y dócil'" [Holton, 1980: 14]. Con ese fin, los movimientos sindicalistas han enfatizado la "vida" y la "acción" contra la severidad de los procesos laborales.

capitalistas y las manifestaciones culturales correspondientes.

Se podría argumentar que, lejos de ser economicistas, los movimientos sindicalistas se entienden mejor como de carácter contracultural, más similares a los nuevos movimientos sociales contemporáneos que a los movimientos de la izquierda tradicional. Temas sindicalistas como la autonomía, la antijerarquía y la difusión del poder tienen ecos en los sentimientos de los nuevos movimientos. Esta similitud se refleja no sólo en el énfasis sindicalista en tácticas novedosas como la acción directa, el boicot de los consumidores o la desaceleración.

También encuentra expresión en el desprecio extremo mostrado por los sindicalistas por las tradiciones radicales dominantes de su época, exemplificadas por el marxismo y el socialismo de Estado, y en los esfuerzos sindicalistas por divorciar a los activistas de esas tradiciones [Jennings, 1991]. Judi Bari [1994: 2001] enfatizó las similitudes en los estilos y tácticas del trabajo y la ecología frente a representaciones comunes dentro de la ecología radical, como se exemplifica en las posiciones sostenidas por Bookchin. Para desarrollar este entendimiento mutuo, los sindicalistas verdes han tratado de generar una apreciación de las historias laborales radicales, especialmente donde los trabajadores se han esforzado a través de actos inspiradores que parecen tener sorprendentemente mucho en común con el ecoactivismo actual. Dentro del sindicalismo verde se han hecho intentos

de articular el trabajo como parte del "nosotros" ecológico mediante la inclusión del trabajo radical dentro de una genealogía ecológica. Dentro de los discursos sindicalistas verdes, esta suposición de conexión entre los movimientos radicales históricos, especialmente los obreros, el anarquismo y la ecología, tiene mucha importancia. En esto el lugar de la IWW es especialmente sugerente.

La IWW, a diferencia de los sindicatos burocráticos, buscaba la organización de los trabajadores desde abajo hacia arriba. Como señala Montgomery [1974], las estrategias de la IWW rechazaron los grandes fondos para huelgas, las negociaciones, los contratos escritos y la supuesta autonomía de los oficios. Las acciones adoptaron la forma de "tácticas de guerrilla", que incluían sabotaje, desaceleración, ineficiencia planificada y resistencia pasiva.

Además, y de especial importancia para los activistas contemporáneos, los wobblies pusieron gran énfasis en fomentar la unidad en la diversidad entre los trabajadores. Como señala Green [1974], la IWW se organizaba frecuentemente en ciudades industriales marcadas por profundas divisiones, especialmente divisiones raciales, entre el proletariado.

Curiosamente, Montgomery [1974] señala que las preocupaciones sobre el "éxito" o el "fracaso" de las huelgas no eran de suma importancia para los huelguistas. Las huelgas hablaban más de "la audacia de las pretensiones de

los huelguistas y de su voluntad de actuar desafiando las advertencias de líderes sindicales experimentados de que las posibilidades de victoria eran escasas" [Montgomery, 1974: 512]. Este enfoque de protesta bien podría referirse a acciones ecológicas recientes. Tales expresiones rebeldes reflejan los aspectos míticos de la resistencia, más allá de meras consideraciones pragmáticas o la estricta persecución de "intereses".

Como los que más frecuentemente se sitúan en el nexo del daño ecológico [Bullard, 1990; Kaufmann y Ditz, 1992] se puede esperar que los trabajadores en lugares de trabajo industriales tengan algunas ideas sobre las amenazas inmediatas y futuras a los ecosistemas locales y circundantes. Esta conciencia derivada de la ubicación de los trabajadores en el punto de producción/destrucción puede permitirles realizar contribuciones importantes, aunque no centrales, a la resistencia ecológica.

Sin embargo, esta posible ubicación estratégica no significa que dichas contribuciones sean inevitables. Las personas que más sufren las depredaciones ecológicas, tanto en los lugares de trabajo como en las comunidades de origen, son también las que tienen menor control sobre la producción tal como está constituida actualmente a través de derechos de propiedad y sancionada por el estado capitalista [Ecologist, 1993; Faber y O'Connor, 1993; Peet y Watts, 1996]. Estas relaciones de poder se convierten en mecanismos significativos de opresión no sólo de los

trabajadores sino también de la naturaleza no humana. Sin estar atentos a esta red de poder no se puede responder adecuadamente a las preguntas pertinentes de Eckersley [1989] sobre por qué aquellos que se ven más directa y materialmente afectados por los ataques a los ecosistemas locales son a menudo los menos activos en la resistencia, tanto en la defensa de la naturaleza como en la defensa de sí mismos. Así, las cuestiones de la democracia en el lugar de trabajo y el control de los trabajadores se han vuelto cruciales para las teorías sindicalistas verdes.

'La IWW representa la autogestión de los trabajadores, la acción directa y el control de base' [Miller, 1993: 56]. Para el sindicalismo verde, el control obrero se convierte en un intento de los trabajadores de formular sus propias respuestas a la pregunta "¿qué pasa con el trabajo?" Dentro de la IWW, las decisiones sobre tácticas se dejan en manos de grupos de trabajadores o incluso de los propios trabajadores individuales. La autodeterminación de los trabajadores "en el trabajo" se convierte en un mecanismo mediante el cual cuestionar el nexo poder/conocimiento del lugar de trabajo.

La insurgencia laboral típicamente articula relaciones cambiantes dentro de las transformaciones de la producción y el surgimiento de nuevas prácticas hegemónicas. Los tiempos de reorganización económica ofrecen amplias oportunidades para crear formas de confrontación novedosas o sin precedentes por parte de los trabajadores.

Las ofensivas del capital pueden proporcionar un estímulo para diversas articulaciones de militancia renovada. Tal podría ser el caso en el contexto actual de huelga de capitales, desindicalización y desempleo que caracterizan al globalismo cibernetizado. Por supuesto, el énfasis siempre debe permanecer en la posibilidad, ya que siempre hay lugar para que surja más de una respuesta. Los sindicalistas verdes reconocen que las crisis ecológicas sólo se han vuelto posibles dentro de relaciones sociales cuya articulación ha engendrado un debilitamiento de las capacidades de las personas para luchar en una defensa coordinada de las comunidades ecológicas del planeta.

Bari [1994: 2001] argumentó que la restricción de la participación en los procesos de toma de decisiones dentro de jerarquías ordenadas, prerequisito para la acumulación, ha sido un impedimento crucial para la organización ecológica. Y me parece que la complicidad de la gente debería medirse más por la cantidad de control que tienen sobre sus condiciones de vida que por lo sucios que se ponen en el trabajo. Un compromiso hecho por un profesional administrativo del Sierra Club puede destruir más árboles de los que un maderero puede talar en toda su vida [Bari, 1994: 105].

La persistente falta de control de los trabajadores permite la coerción de los trabajadores para que realicen tareas que de otro modo despreciarían o que tienen consecuencias de las que no son conscientes. Además, la ausencia de

autodeterminación da como resultado que los trabajadores compitan entre sí por puestos de trabajo o incluso por la posibilidad de conseguirlos. Los trabajadores quedan más susceptibles a las amenazas de huelga de capital o chantaje ambiental [Bullard, 1990]. Esta susceptibilidad es quizás el mayor obstáculo para las alianzas entre trabajadores y ecología. Sin seguridad laboral y poder en el lugar de trabajo, los trabajadores no pueden proporcionar un contrapeso eficaz al poder del capital.

La ecología radical, fuera del sindicalismo verde, no ha logrado apreciar estas consecuencias negativas del menor control de los trabajadores sobre la participación en ámbitos más explícitamente políticos. Sólo a través del desarrollo de la confianza política se podrá emprender ese activismo. Además, el grado de democracia en el lugar de trabajo puede depender en gran medida de la influencia de preocupaciones supuestamente externas, como los impactos sobre la naturaleza. Al reconocer la relación entre la articulación en el lugar de trabajo y la participación política, el sindicalismo verde plantea un desafío a las nociones recibidas dentro de la ecología.

La participación tal como la concibe el sindicalismo verde no puede provenir de la gestión. "Tal conciencia tiene que cuestionar la deferencia inquebrantable hacia los expertos, como parte de un ataque más general al poder centralizado y las prerrogativas gerenciales" [Guarasci y Peck, 1987: 70]. Se entiende que la participación directa contribuye a la

autodeterminación de los trabajadores, constituida por los trabajadores frente a las ofertas veladas de la gestión que forman parte del ecocapitalismo.

Las visiones ecocapitalistas dejan intactas la megamáquina y sus jerarquías de poder y, por tanto, no ofrecen ninguna alternativa. La producción sigue siendo antidemocrática y la rentabilidad es la última palabra sobre si se deben utilizar o no los recursos. Así, el ecocapitalismo nos presenta las maravillas de los envases biodegradables para llevar y los tés de golf a base de almidón [Purchase, 1994].

El sindicalismo verde surge, entonces, como un experimento con concepciones más creativas de la participación en el lugar de trabajo. Para Purchase [1994, 1997a, 1997b], el control productivo organizado en torno a la interacción voluntaria cara a cara y el fomento de la autodeterminación podría emplearse para liberar grandes cantidades de mano de obra de una producción inútil, aunque rentable, para utilizarla en el desarrollo lúdico de actividades que afirman la vida. Así, un tema común del radicalismo de la clase trabajadora se convierte en un elemento importante de una teoría ecológica. Los izquierdistas han sostenido durante mucho tiempo que eventualmente las necesidades humanas deben convertirse en la consideración principal de la producción, reemplazando la rentabilidad y la acumulación. Estas críticas a la producción ahora deben ir aún más lejos y plantear

preguntas sobre las "necesidades" de los ecosistemas y de los no humanos.

La menor demanda de mano de obra, dentro de las relaciones de capital cibernetico, significa que las corporaciones están menos obligadas a negociar con los principales sindicatos como en el acuerdo keynesiano. Si los sindicatos quieren tener alguna influencia, ésta sólo puede lograrse a través de esfuerzos activos para perturbar el proceso laboral. Estos esfuerzos disruptivos pueden incluir una mayor militancia dentro de las relaciones laborales. La evidencia de una rebelión entre los trabajadores se ha reflejado típicamente en actividades tales como sabotaje, desaceleraciones y ausencias.

Los activistas del IWW abogan explícitamente por la "ineficiencia deliberada" como medio para fomentar la profanación de las relaciones laborales. Para los sindicalistas verdes, las tácticas deseadas contra la destrucción del medio ambiente patrocinada por las corporaciones incluyen formas de acción directas y no burocráticas como el sabotaje en las fábricas, los boicots, las prohibiciones verdes y la formación de solidaridad extrasindical fuera del lugar de trabajo, dentro de las organizaciones de trabajadores y comunidades de origen. Por supuesto, las huelgas, el poder de detener la producción, no tienen comparación en su capacidad para enfrentar la avaricia corporativa.

Los ecologistas pueden detener la producción durante unas horas o unos días. No existe una fuerza más eficaz para contrarrestar la acumulación de capital y la búsqueda de ganancias que el poder de los trabajadores de dejar de trabajar para lograr sus demandas. Se debe luchar por la protección ecológica, así como por las condiciones de trabajo, los beneficios o los salarios. Cuando hay trabajadores involucrados, esto significa que deben ser golpeados. Sin embargo, esto requiere que los trabajadores desarrollen una posición de fortaleza. Esto, a su vez, significa organizar a los trabajadores para que ya no enfrenten las perspectivas del chantaje de "empleos versus medio ambiente". Para que esto ocurra, es necesario movilizar a los trabajadores no sindicalizados. (De lo contrario, son movilizados por el capital, como esquiroles.) Reconociendo esto, la IWW presta mucha atención a la organización de los tradicionalmente no organizados.

Una concepción sindicalista verde de la organización de los trabajadores rechaza las estructuras jerárquicas, centralizadas y burocráticas del sindicalismo dominante. Las organizaciones sindicales económicas y los burócratas que han trabajado para convencer a los trabajadores de que los ambientalistas son responsables de la pérdida de empleos señalan la necesidad de sindicatos anarcosindicalistas organizados en torno a prácticas ecológicamente sensibles.

Esto no quiere decir que los sindicalistas verdes se nieguen a actuar en solidaridad con los trabajadores de los sindicatos

tradicionales. De hecho, el Local 1 trabajó en apoyo de los trabajadores del Local 49 de Trabajadores de Pulpa y Papel y Judi Bari señala que muchas acciones habrían sido imposibles sin la información privilegiada proporcionada por los trabajadores de ese local. Los sindicalistas verdes trabajan con miembros de base de los principales sindicatos y muchos son ellos mismos "de doble afiliación", miembros simultáneamente de los sindicatos mayoritarios y sindicatos combativos.

Tampoco es cierto decir que las políticas ambientales fuertes no pueden provenir de los sindicatos tradicionales. Los sindicatos tradicionales pueden y en ocasiones adoptan políticas y prácticas sindicales específicas, pero la falta de una visión general y de estructuras participativas significa que tales políticas y prácticas no son parte de la estrategia general y a menudo son vulnerables al control de los dirigentes o a las limitaciones de la negociación con los empleadores.

Lo más interesante es que las respuestas de los sindicalistas verdes podrían entenderse como la caracterización de una revuelta más amplia contra el trabajo. "El único objetivo que une a todos los miembros del IWW es abolir el sistema salarial" [Meyers, 1995: 73]. Las crisis ecológicas dejan claro que la construcción capitalista de "empleos" y "trabajadores" es incompatible con la preservación de la naturaleza. Quizás, entonces, no sea del todo paradójico que el sindicalismo verde insinúe la

superación del laborismo como uno de sus posibles resultados.

Los activistas ecologistas radicales han llegado a entender cada vez más los empleos, bajo la apariencia de trabajo, como quizás el momento más básico de falta de libertad, uno que debe superarse en cualquier búsqueda hacia la libertad. Con demasiada frecuencia, en el pasado, la respuesta común ha sido la de dar la espalda a los trabajadores y a las cuestiones relativas a la organización de las relaciones laborales. El sindicalismo verde insinúa que la teoría radical ya no puede ignorar estas cuestiones que plantean la presencia de empleos. De hecho, se podría decir que un retorno a la problemática del empleo se convierte en el punto de partida para una reformulación del radicalismo, al menos siguiendo líneas verdes.

El sindicalismo verde concibe la transformación del trabajo como un imperativo ecológico. Lo que se propone es una alteración radical de la obra, tanto en estructura como en significado. Las soluciones a los problemas del trabajo no pueden encontrarse simplemente en el control de las formas existentes. Más bien, es necesario superar las prácticas actuales de producción junto con la jerarquía laboral.

La producción, dentro de una visión sindicalista verde [Purchase, 1994, 1997a, 1997b], puede incluir el suministro de alimentos, transporte o energía ecológicamente sensibles. El trabajo, recientemente organizado según líneas

descentralizadas, locales y democráticas, podría permitir la introducción de materiales y prácticas con menor impacto en la biorregión en la que cada uno se emplea.

Los discursos sindicalistas verdes se plantean contra las influencias socavadoras del trabajo en las condiciones contemporáneas del globalismo. Lejos de ser respuestas irracionales a transformaciones sociales serias, la democratización del lugar de trabajo y la autodeterminación de los trabajadores se convierten en respuestas cada vez más razonables a la incertidumbre y la contingencia de las condiciones emergentes de (des)empleo.

Los sindicalistas verdes enfatizan el empoderamiento y la autoemancipación de los trabajadores, frente a respuestas pesimistas o cínicas como la recapacitación masiva que simplemente refuerza la dependencia de las élites. Ofrecen sólo una iniciativa para superar el trabajo y un movimiento hacia una economía basada en la comunidad y una toma de decisiones productiva.

Las técnicas de producción en masa del industrialismo no pueden conciliarse con el sustento ecológico, independientemente de si las controlan los patrones o los proletarios. Ser anticapitalista no tiene por qué implicar ser proecológico. En este sentido, los utópicos seguramente han sido más perspicaces. Sin embargo, sigue siendo necesario poner fin a las relaciones de producción capitalistas para una transformación radical de lo social, ya que estas relaciones

abarcán muchas posiciones de subordinación. Sin embargo, este es sólo un aspecto de la política radical.

Así, los sindicalistas verdes rechazan las premisas obreristas de los izquierdistas "al viejo estilo" que sostienen que cuestiones como la ecología son externas a las cuestiones de producción y sólo sirven para distraer la atención de la tarea esencial de organizar a los trabajadores, en el punto de producción, hacia la emancipación. Dentro de los discursos sindicalistas verdes, las preocupaciones ecológicas no pueden, por ningún motivo, divorciarse de las cuestiones de producción o economía. En lugar de ser representados como universos discursivos estrictamente separados, la naturaleza, la producción, la economía o el lugar de trabajo pasan a entenderse como características topográficas infinitamente disputadas en un terreno en constante cambio.

El lugar de trabajo es sólo uno de los lugares donde se extiende la resistencia social. Dada la posición prominente del lugar de trabajo bajo el capitalismo, como ámbito de disciplina y hegemonía capitalistas, los activistas deben llegar a apreciar la importancia de ubicar las luchas dentro de las relaciones laborales cotidianas. Desde una perspectiva sindicalista verde, los lugares de trabajo se entienden como lugares de solidaridad, innovación, diversidad cultural e interacciones personales expresadas en redes informales y a través de múltiples antagonismos. A su vez, se debe reconocer que aquellos ámbitos sociales que típicamente se

contraponen a la fábrica dentro de los discursos ecologistas radicales –la “comunidad” de Bookchin– están influenciados por cuestiones de acumulación, ganancias y clases. El carácter de ambos ámbitos no se ve afectado por los antagonismos en el lugar de trabajo.

Esta "jaula de acero" parece ineludible sólo porque permanece aislada, práctica y conceptualmente, de una serie de importantes dinámicas sociales, culturales y político-económicas que operan dentro y fuera de los lugares de trabajo propiamente dichos. Fundamental para cualquier debate, las organizaciones de trabajo deben verse como una serie de escenarios y situaciones que ofrecen opciones que están limitadas, pero no inmutablemente, por el tejido más amplio de la sociedad en la que están entrelazadas (Guarasci y Peck, 1987: 72).

Además, la reintegración de la producción con el consumo, organizado de manera igualitaria y democrática –de modo que los miembros de una comunidad contribuyan lo que puedan a la producción social– puede permitir una ruptura con el consumismo. La gente podría consumir sólo aquello en lo que han participado en su producción; la gente podría utilizar el tiempo libre para actividades creativas en lugar de consumir lujos tediosos e innecesarios; y el consumo individual podría estar regulado por las capacidades de producción individual (por ejemplo, la creatividad personal), no por la histeria de la publicidad masiva.

De este modo, el sindicalismo podría liberarse de las exigencias de crecimiento o consumo masivo que caracterizan al industrialismo como "relaciones sociales" [Purchase, 1994, 1997a, 1997b; Barí, 2001]. El sindicalismo verde, a diferencia del marxismo o incluso del sindicalismo revolucionario, se opone a la producción en masa, centralizada y a gran escala. El sindicalismo verde no mantiene un optimismo socialista sobre el potencial liberador del industrialismo. Sin embargo, los llamados ecológicos a una ruptura completa e inmediata con el industrialismo contradicen los énfasis ecofilosóficos radicales sobre la interconexión, el mutualismo y la continuidad. Los simples llamamientos a un retorno a la naturaleza revelan los fundamentalismos persistentes que afligen a gran parte del discurso ecológico. La idea de un retorno inmediato a una vida pequeña y centrada en las aldeas, como la propugnan algunos ecologistas y anarquistas profundos, no sólo es utópica, sino que ignora cuestiones relativas a los impactos que los restos tóxicos de la industria seguirían infligiendo a su entorno. El espectro del industrialismo seguirá –y debe inevitablemente– perseguir los esfuerzos de transformación, especialmente en las decisiones relativas al desorden que la industria ha dejado atrás [Purchase, 1994]. ¿Cómo podemos desconectar a la sociedad de la naturaleza, dadas las interpenetraciones masivas de las usurpaciones sociales sobre la naturaleza, por ejemplo, el calentamiento global o el agotamiento de la capa de ozono? ¿Dónde depositas los desechos tóxicos? ¿Qué

pasa con las fábricas abandonadas? ¿Cómo se producirá el desmantelamiento? Uno no puede simplemente alejarse de todo eso.

Sin romantizar el papel desempeñado por los trabajadores, los sindicalistas verdes son conscientes de que los trabajadores pueden ofrecer ciertas ideas sobre estos problemas. Para responder a este dilema, los sindicalistas verdes [Kaufmann y Ditz, 1992; Compra, 1994, 1997a, 1997b; Bari, 2001] han tratado de plantear la pregunta crucial de dónde podrían pertenecer quienes actualmente son productores en las múltiples tareas de transformación – tanto cultural como ecológica. Han argumentado que la ecología radical ya no puede dejar de lado a los productores: serán aliados o enemigos. El sindicalismo verde, casi el único entre los ecologistas radicales, sugiere que las identidades de los pueblos como productores, en lugar de representar entidades fijas, en realidad pueden articularse contra el industrialismo. Los procesos de compromiso de esta articulación, en los que los trabajadores comprenden su interés en cambiar las condiciones actuales en lugar de mantenerlas, presentan la tarea desconcertante que hasta ahora ha frustrado a la ecología.

El desmantelamiento del capital industrial, el enfoque radical del industrialismo, aún requeriría la participación de los trabajadores industriales, siempre que no se lleve a cabo como parte de una articulación antiautoritaria. Cualquier articulación radical, suponiendo que sea democrática,

implica la participación de los trabajadores industriales en los procesos de toma de decisiones. Por supuesto, no se puede asumir el carácter democrático de cualquier articulación; la posibilidad de reacción, excluyendo a los trabajadores [Foreman, 1991; Watson, 1994], está siempre presente.

Esto se ve dentro del fundamentalismo ecológico o en alianzas corporativistas fortalecidas que enfrentan a los trabajadores/capital contra los ambientalistas, cada uno de los cuales exige una aplicación centralizada y burocrática de las regulaciones. En ausencia de una articulación de base con los trabajadores, cualquier forma de articulación autoritaria de élite, incluso aquellas que incluyan la ecología radical [Foreman, 1991; Watson, 1994], podría preverse.

Por su parte, los teóricos del sindicalismo verde visualizan la asociación de los trabajadores hacia el desmantelamiento del sistema fabril, su trabajo, sus jerarquías y su reglamentación [Kaufmann y Ditz, 1992; Compra, 1994, 1997a, 1997b]. Esto puede implicar una destrucción literal, ya que las fábricas pueden ser desmanteladas; o tal vez convertidas hacia formas "blandas" de producción localizada. Asimismo, la actividad productiva puede concebirse en términos de restauración, incluida la investigación de la historia natural de una región.

La reconstrucción podría entenderse en términos de suministro de alimentos y energía o de seguimiento de la

recuperación. Se trata de actos en los que todos los miembros podrían participar activamente o, de hecho, necesitarán participar activamente en algún aspecto. Estos cambios de prioridades –hacia relaciones no industriales en general– expresan la novedad del sindicalismo verde como anarcosindicalista.

Para el sindicalismo verde es importante que la ecología se comprometa con los trabajadores a aumentar las posibilidades de resistir, desafiar e incluso abandonar la megamáquina capitalista. Sin embargo, pueden ser necesarios ciertos talleres y procesos industriales [Purchase, 1994]. (¿Cómo se producirían bicicletas o molinos de viento, por ejemplo?) La incapacidad de desarrollar asociaciones democráticas de trabajadores parecería entonces hacer insostenibles incluso los escenarios ecológicos más bien pensados. No aprovechar tales posibilidades restringe el radicalismo a la mera construcción de utopías [Purchase, 1994].

Los sindicalistas verdes abogan por la construcción de un "lugar" alrededor de los contornos de las regiones geográficas, en oposición a las fronteras de los Estados-nación que sólo muestran desprecio por las fronteras ecológicas marcadas por la topografía, el clima, la distribución de especies o el drenaje. La afinidad con los temas biorregionalistas se reconoce en los llamamientos sindicalistas verdes a favor de la sustitución de los Estados-nación por federaciones descentralizadas de comunidades

biorregionales [Purchase, 1994, 1997a]. Para el sindicalismo verde, tales comunidades podrían constituir relaciones sociales en articulación con requisitos ecológicos locales, excluyendo la interferencia burocrática y jerárquica de entes corporativistas distantes.

La comunidad local se convierte en el contexto de identificación social/ecológica. La ecodefensa, entonces, debería comenzar a nivel local: en los hogares, los lugares de trabajo y los vecindarios. Los discursos sindicalistas verdes instan a que la gente se identifique con los ecosistemas de su localidad y región y trabaje para defender esas áreas a través de prácticas industriales y agrícolas que se desarrollen y adapten a características ecológicas específicas. Por lo tanto, un aspecto de la teoría sindicalista verde implica que los activistas ecológicos ayuden a los trabajadores a educarse sobre formas de vida regionales y comunitarias [Bari, 1994; Compra, 1994, 1997b]. Una perspectiva sindicalista verde anima a las personas a ampliar y unir las acciones individuales, como salvar un parque o limpiar un río, en las que ya están involucrados hacia los esfuerzos regionales de autodeterminación que protegen los ecosistemas locales [Purchase, 1994].

El punto aquí, sin embargo, no ha sido (ni lo es para los teóricos del sindicalismo verde en general) trazar planes para el futuro sindicalista verde. Aquí no se pueden responder preguntas específicas sobre el estatus de las ciudades, la organización del trabajo, los medios de

producción o los métodos de distribución. Serán abordados por los involucrados como resultado de una práctica activa. Lo más probable es que haya muchas variedades de vida experimental; algunas ya están aquí, por ejemplo, zonas autónomas, ocupaciones ilegales, cooperativas y sindicatos revolucionarios. Éstas son quizás las políticas renovadas de organización.

Las relaciones humanas con la naturaleza plantean cuestiones cruciales y difíciles para el radicalismo. Esas relaciones, bajo el capitalismo, han tomado la forma de "empleos" donde tanto la naturaleza como el trabajo se mercantilizan. De hecho, la naturaleza como "recursos" y el trabajo como "puestos de trabajo" proporcionan las formas gemelas de mercancías que siempre han sido necesarias para la expansión del mercado [Polanyi, 1944].

Así, los regímenes capitalistas de acumulación, crecimiento y mercantilización siguen siendo preocupaciones cruciales para la política ecológica. Las cuestiones relativas a la organización de la vida siguen siendo cuestiones radicales, aunque lo que podría constituir respuestas aceptables ha cambiado. Uno podría preguntarse: “¿Qué significa el trabajo –la intervención en la naturaleza– para la ecología?” Tomar en serio la ecología significa que hay que afrontar los ámbitos del trabajo, el ocio (cómplice del trabajo), el sustento, las necesidades, etc. –lo que podría llamarse producción–.



## ACERCA DEL AUTOR

Jeff Shantz es un escritor, poeta, fotógrafo, artista y organizador anarquista con décadas de participación en movimientos comunitarios y como activista de base en el lugar de trabajo. Actualmente enseña justicia social, teoría crítica, crimen estatal y corporativo y defensa comunitaria en la Universidad Politécnica de Kwantlen. Es líder del proyecto sobre lucha contra la pobreza, criminalización y guerra social en el Centro de Justicia Social en Surrey (territorios no cedidos de la costa de Salish). Shantz es autor y/o editor de más de 20 libros, entre ellos "Cyber

Disobedience: Re://Presenting Online Anarchy" (con Jordon Tomblin, Zero Books, 2014), "Anarchy and Society: Reflections on Anarchist Sociology" (con Dana Williams, Brill/Haymarket, 2013), "Green Syndicalism: An Alternative Red/Green Vision" (Syracuse University Press, 2012) y "Constructive Anarchy: Building Infrastructures of Resistance" (Routledge, 2010). Sus libros más recientes son "Organizing Anarchy: Anarchism in Action" (Brill/Haymarket 2020) y "Classic Writings in Anarchist Criminology: A Historical Dismantling of Punishment" (con Anthony J Nocella y Mark Seis, AK Press, 2020). Su "Trilogía Crisis y Resistencia" está disponible gratuitamente en Punctum Books. Shantz es cofundador del Grupo de Trabajo de Criminología Crítica y Anti Police Power Surrey, y editor fundador de la revista "Radical Criminology".